



NÚM. 181

BARCELONA, 25 OCTUBRE 1902

25 CENTS

Ayuntamiento de Madrid



Casi nadie se acordaba ya de misteriosos cuentos que antaño eran la comida de nuestros sencillos antepasados: de aquella multitud de consejas, de cuentos absurdos y de inverosímiles narraciones. Solo el recuerdo quedaba, recuerdo digo como difumado en la fantasía inmensa de aquel pueblo virgen, en medio de la corrupción moderna.

Erase una preciosa villa, rodeada de montañas á su espalda, y por delante el mar Mediterráneo, que en su eterno color azul parece reflejar el casto pensamiento de innumerables vírgenes ó el arrullo amoroso de una conciencia sin mancha. Las montañas siempre verdes, llenas de fuentes milagrosas, eran aliciente para los cazadores que encontraban allí abundante alimento á su pasión. Y el mar lleno de infinitos peces, proporcionaba alimento á toda una tribu de pescadores, que cifraban su orgullo en predecir tormentas y malos tiempos ó en lucir su fuerte zamarra lo mismo en los calurosos días de agosto, que en las tardes heladas de un diciembre frío. Y como pueblo sencillo, los buenos habitantes de Lucen (que tal era el pueblo á que nos referimos) vivían del chisme y del enredo, que buenamente alternaban con el cuento de una vieja arrugada que á todo hacía estremecer ó con la narración de naufragios y tempestades que algún lobo sin dientes gustaba repetir millones de veces á sus atentos oyentes. Y entre todos descollaba por la sencillez de su palabra y lo fantástico de sus creaciones el tío Antonio, un viejo de un carácter irascible que solo estaba contento, cuando con la pipa en la boca y un jarro del mejor vino delante narraba á sus amigos sus hazañas á bordo de la «Blanca», la barca más velera y mejor construida que ojos humanos hubiera contemplado.

Una tarde de verano, en uno de esos momentos en que el sol llenaba con sus rayos el cielo y millo-



nes de animalillos á su calor cantaban eterna canción, el tío Antonio rodeado de sus habituales contortulios narraba por centésima vez, la aventura de la sirena, que él por su vida lo aseguraba! y su hermano Tomás (que Dios en gloria tenga) había corrido. El bueno de Antonio cada vez que narraba la aventura, añadía algún detalle para producir efecto; mi hermano Tomás no me desmentiría, esos grandules no se acuerdan ya de mi última narración, pues que siga la historia, — pensaba en su interior.

El cielo estaba sereno, — empezó, — como ahora; ni la más ligera nube empañaba el azul del cielo: mi hermano Tomás me llamó para varar y al cabo de poco tiempo, con la vela desplegada y con la ayuda de Dios, salimos de la rada. Después de haber lanzado al agua nuestros artefactos de pesca había anochecido ya: costeano pasamos todas las puntas de la costa hasta llegar á las grutas del Moro, ¿sabéis? (todos afirmaron). En esto salió la luna, grande, é inmensa: era llena; mi hermano que era muy dado á cuentos fantásticos, recordó que aquellas grutas eran las que guardaban el secreto de la suerte de la bella Zoraida y el moro Hamid y me preguntó si creía en la conseja de que la bella mora salía todas las noches en busca de Hamid, cantando canciones de amor y llamando con gritos de cariño á su amado. El auditorio á pesar de haber oído muchas veces la narración, siempre se estremecía de miedo

al llegar á este punto. Antonio lo comprendió: llenó su pipa, la encendió tranquilamente y después de beber un sorbo de vino:

«En aquel momento di-ron en el reloj del cementerio las doce,— continuó:— me estremecí; Tomás se puso serio y miró fijamente el conjunto de rocas que se extendían á nuestra vista. La barca se mecía blandamente á impulsos de una tenue brisa que rizaba el mar espesamente: el cielo lleno de estrellas, incitaba á la tristeza y al recuerdo. La barca, poco á poco agrietada por algo misterioso se acercó á las rocas; de pronto al compás de celestial música, vi alzarse blanca sombra allá en la entrada de las grutas: vestía una ámp la túnica que flotaba á impulsos de la brisa: en su mano llevaba un laúd: de pronto una canción triste y melancólica llegó á mis oídos, la mora cantaba y recorría las aguas, sus pies blanquísimos apenas rozaban el agua. Pasó cerca del barco, y cuando loco de placer quise llamarla y ver si aquella sombra era ficción ideal, se desvaneció y un reguero de luz recorría el agua, hasta perderse en el interior de aquellas rocas misteriosas. Llamé á mi hermano y le ví dormido: el cielo lleno de estrellas era negro; la luna había desaparecido; la brisa ligera se trocó en huracán furioso; gruesas gotas caían: la «Blanca» empujada por el vendaval furioso, corría ligera sin timón; joven y loco nada hice, y

mi hermano dormido por poderoso narcótico, contemplaba quizás ya en el cielo la tremenda borrasca... Después pasó algo que jamás he sabido; la barca, se hundió para siempre, Tomás desapareció y yo desperté entre vosotros con el cuerpo magullado y sin conciencia en mi estado.»

El narrador calló; en las caras del auditorio notábase el miedo más profundo.

«Y yo aseguro,— prosiguió Antonio,— que la mora fué la que desencadenó el viento con sus cantos y castigó á mi hermano por su atrevimiento. Desde entonces nadie la ha visto ya; quizás se la ocultado en el fondo de las grutas y allí morará eternamente su amor... Pero no sería extraño que otro día, castigara al osado, que se atreviera ir á buscarla en su retiro.»

Antonio nada añadió: sus amigos poco á poco desfilaron; excitado el marino por el vino y los esfuerzos de la historia se tambaleaba en su asiento.

De pronto una culebra de luz atravesó el espacio; un horrible estrépito le siguió; un sofiente caía; Antonio sin conciencia lanzaba al aire sus voces y con horribles gestos parecía desafiar un fantasma invisible. «¡Ahí está, amigos míos, ahí está la bella: cuidado, cerrad los ojos, que su mirada adormece. Yo soy el hermano de tu víctima... ¡Socorro que me mata! Su voz espiró en la gargantas. Desvaneciósse, y la lluvia implacable caía sobre el cuerpo del rudo marino inerte ya.

EUSEBIO ROMANOS

ERA UN SUEÑO

Después de torturarme
mil pérdidas recuerdos,
después de producirme
satánicos tormentos
tu criminal olvido,
de un apacible sueño
mi espíritu angustiado
se llenó por completo.

Solista y amante contemplan tu hermosura,
los ojos de mi alma, vagando por mi lecho;
tus labios sonrosados murmuran en mi oído
palabras que revelan amor puro y sincero.
Me pintas los placeres, la dicha y la alegría
que habrán de producirme tus carifosos hechos.

La frase embriagadora:
«¡con el alma te quiero!»
es cántico armonioso,

melódico gorgoeo.
Yo loco y delirante
te juro y te prometo,
quererte siempre mucho, no separarme nunca
de ti, que eres lo único que en este mundo anhelo.
Con tu boca aromática
me das en las mejillas enamorados besos.

Ante un placer tan grande
se escapó de mi pecho
un grito de alegría
y ¡ay triste! me despertó;
entonces de tu olvido,
de tu crueldad me acuerdo,
y lloro amargamente,
y pido al Dios del cielo
que mi alma sumerja
por siempre en tan hermosos consoladores sueños.

FÉLIX GORDÓN ORDÁS

EL REDENTOR DE LA ALDEA

Habiendo regresado infelizmente de nuestras últimas campañas coloniales, con el cuerpo degenerado y enfermizo al influjo de aquellos climas ponzoñosos y con el bolsillo tan escueto como puede tenerle un subalterno en la *escala de reserva*, el teniente Cebrian se retiró á la pobre aldea donde naciera, buscando en ella el módico vivir y la salud de que se hallaba tan necesitado, pero como su cerebro y su corazón, formados moralmente al calor de sanas y nobles ideas, tenían sobrada virtud y energías suficientes, determinó consagrarse á educar y á redimir á sus toscos y cerriles paisanos en cuyo atraso é ignorancia veía la causa y el origen de la horrible decadencia española.

Recién llegado al pueblo le recibieron con afecto y cariño los indígenas, no solo en atención al pai-



sanaje, puesto que los paletos lo ciernen todo por el tamiz de su egoismo, sino principalmente con la esperanza de que las amistades, recomendaciones y consejos del teniente Cebrian les fueran útiles para las cuestiones de quintas y cuantos asuntos se relacionaran con el Ejército; pero así que Cebrian comenzó á amonestar á sus paisanos por su falta de higiene, que permitía la formación de estercoleros á las puertas de las casas; por su carencia de humanidad que les inducía á valerse del trabajo de niños menores de diez años forzándoles á rudos ejercicios; por su pobreza de amor patrio que les llevaba al punto de defraudar los intereses del Estado disminuyendo el censo de población y rebajando el valor efectivo de las fincas; cuando les afeó sus bárbaras costumbres, como eran lidiar toros, disparar cohetes y beber hasta embriagarse, proponiéndoles en cambio diversiones cultas, como la música, la danza y el teatro; cuando les reprendió sus vicios y bestial egoismo, comenzaron á aislarle, á huir de él, á contradecirle con los hechos y á mofarse de sus buenas intenciones.

El Sr. Lorenzo, cacique de la aldea, hombre tan zafio como adinerado, cuyos deseos eran mandatos inapelables, poco sufrió en que nadie le contradijera, tomó grande aversión al pobre teniente porque se permitió comentar y discutir algunas de sus atroces disposiciones, por lo cual influyó para que le cargaran la mano en el reparto de consumos y además le subió el alquiler de la casa porque era su casero.

El teniente protestó de aquellos abusos y aprovechando la coyuntura de que se vendía una humilde

casita en las afueras del pueblo, invirtió sus pocos ahorros en la adquisición de aquella choza, donde se fué á vivir escapando de las garras inhumanas de su bárbaro enemigo.

A pesar de verse contrariado y perseguido, Cebrían no desmayaba en su noble empresa ni desistía de sus propósitos; pero desengañado de las personas mayores y convencido de que estaban tan aferrados á sus tradicionales vicios y maldades que ya constituían en ella parte de su naturaleza, se dedicó á hacer propaganda entre los niños con la esperanza de que á su tierna edad serían eficaces en ellos las influencias del bien.

Estableció, pues, en su casa una clase de primera enseñanza gratuita para los niños y niñas de la aldea, y aun cuando los padres lo vieron con desconfianza indiferencia y el maestro de escuela con enojo, los niños atraídos por la golosina de los premios y afanosos de cambios y novelorías, acudieron poco á poco al desinteresado llamamiento del teniente.

Como se dedicaba con preferencia á cultivar los honrados sentimientos de sus discípulos, un día, en que se hallaba la clase repleta de muchachos, les habló de esta manera: —Habéis de tener presente que toma el robo muy variadas formas y caminos. No solo es ladrón el que asalta la casa de otro ó le sorprende en despoblado y le quita lo suyo contra su voluntad, sino que también es ladrón y efectivamente roba el tendero que adultera su mercancía ó merma el peso que le pagan; el propietario que da al trabajador menos jornal del que gana; el trabajador que no hace la labor que le retribuyen; el funcionario público que no cumple con sus deberes; el criado que hace diariamente menos de lo que tiene contratado con su amo; el amo que obliga al criado á que ejecute trabajos extraordinarios y no le da mayor retribución por ellos. El hijo del Sr. Lorenzo que contra la voluntad de su padre había ido á la clase, con la desfachatez propia de un niño mimado y sin vergüenza, interrumpió al teniente diciéndole:

—Entonces en este pueblo, todos *seamos unos ladrones*.

Reprendió Cebrían, riéronse los muchachos y á los pocos momentos no hubo persona en el pueblo que ignorara lo sucedido, exagerado notablemente al pasar de boca en boca y de comentario en comentario.

Reuniéronse en casa del cacique las personas más influyentes de la aldea para refrenar las audacias de aquel hombre, que decía que el pueblo era una cueva de bandidos, y, armados de hoces y de palos, se dirigieron á la humilde casa del teniente á pedirle satisfacción de sus palabras y á desahogar de paso el odio que todos le tenían. Cerró el teniente la puerta de su casa al ver al pueblo en aquella actitud, y, para defenderse de sus enemigos, en el caso de que forzaran la entrada, cargó su escopeta con bala y se apercibió á vender cara su vida; pero, los paletos, por consejo del cacique, no derribaron la puerta sino que dispararon sobre la casa multitud de cohetes, con pretexto de que celebraban las vísperas de San Cecilio que era el patrón del pueblo, en tanto que alguno, con intención perversa, prendió fuego á las bardas del corral. No tardó mucho tiempo en arder la humilde casa del teniente, el cual tuvo que salir huyendo por excusada puerta en tanto que la chusma celebraba con risotadas el bárbaro atentado.

El teniente Cebrían, solo, desde lo alto de un cerro que dominaba el pueblo, veía llorando el incendio de su pobre casita, en tanto que exclamaba entre suspiros: —¡Ahora me explico la pérdida de las colonias! ¡Desgraciada España!

RAFAEL TORRÓE





LA INVASION DE LOS BARBAROS, cuadro de Checa

Ayuntamiento de Madrid

EL PRIMER ALUMBRAMIENTO

—Doña Rudesinda, ¿se puede pasar?

—Adelante: ¿Qué desea usted?

—Aquí vengo á traerle á usted esta correa milagrosa de parte de las monjas carmelitas de Valderrábanos. Han sabido que piensa usted dar á luz un día de estos y tienen gusto en mandarle la correa milagrosa, para que se la aplique usted, en la seguridad de que librará con buena suerte.

—Lo acepto y lo agradezco mucho.

—No vale nada, pero...

—¿Cómo que no vale nada? ¡Ya lo creo! ¿Y están bien las religiosas?

—Buenas, para servir á usted.

—Perdone usted la curiosidad: ¿son todas carmelitas?

—Le diré á usted: las hay carmelitas y de otras provincias.

—¿Y los efectos de esta correa están bien experimentados?

—Por las madres, no, señora.

—¿Cómo que no, si es precisamente para las madres?

—¡Ah, sí! Créi que se se refería usted á las madres de la comunidad.

—¡Qué disparate!... Bueno, pues manifieste usted á las monjitas mi agradecimiento y usted reciba este pequeño obsequio por el mandato.

—Mil gracias. Abur, señora.

—Adiós.



—Señorita Rudesinda.

—¿Qué ocurre?

—Ha venido la criada de doña Tiburcia con este cuadro. Dice que es la efigie que la ofreció á usted de Nuestra Señora de la Leche y Buen Parto y que no deje de ponerlo cerca de la cama cuando llegue el caso, en la confianza de que este cuadro estará al quite de cualquier percance.

—(No es bonito, pero si es milagroso...) Bueno, déjalo en mi alcoba y dí á la muchacha que agradezco mucho á doña Tiburcia su recuerdo.

—Está muy bien.

—Rudesinda... ¿Qué tal?



—Perfectamente, hija mía... en lo que cabe. Llevo dos días de estar muy pesada.

—Eso no debe apurarte. ¡Hay tanta gente pesada por ahí!...

—¿Y qué te trae tan temprano? ¿A dónde vas con eso envuelto?

—Pues, hija, esto es para ti. Como te quiero de veras, debo cooperar á tu feliz solución de tu asunto y por eso te traigo esto, nada menos que desde la ermita de San Roque.

—¿Y qué es ello? Desenvuélvelo.

—Pues, mira: es el sombrero de la Divina Pastora, que se venera en la ermita. Un poco ridículo parece, pero es tan milagroso que toda la señora que con fe lo tiene puesto mientras sale de su cuidado, puede asegurar que sale bien.

—No conocía esta florida tapadera, ni su virtud; pero desde luego confío en su eficacia y te agradezco muchísimo que me lo hayas proporcionado. Esto, unido á la indispensable vela de San Ramón y á las estampas, cintas y demás objetos que me van trayendo las amigas, me infunde tal valor que dudo de que el propio Cid me aventajara, si se viera en mi caso alguna vez. Si he de ser te franca, el sombrero



de la Divina Pastora no me sentará muy bien que digamos; pero con tal fe voy á ponérmelo que casi deseo que el instante llegue, porque hasta se me figura que voy á pasar un buen rato.

—Pues, hija, me alegro de verte animosa y de haber acertado.

—Te repito las gracias.

—Adiós.

—Dispénsame que no salga á acompañarte, porque hoy no me hallo bien.

—[No faltaría más!

Estas conversaciones y otras análogas sostuvo mi amiga Rudesinda Cornezueto de Centeno el mismo día de su primer alumbramiento, suceso que no se esperaba todavía, según las cuentas al efecto echadas, como lo prueba la tranquilidad del buen Centeno, marido de la primeriza, que en la noche de aquel día no tuvo inconveniente en bajar á casa de unos vecinos y tomar parte en la función dramática que allí se había de celebrar.

Mas llegaron las once de la noche y Rudesinda sintióse indispueta repentinamente. Los dolores (líbrenos



de ellos el Señor!) se sucedían con rapidez extraordinaria y hubo precisión de avisar inmediatamente al doctor don Secundino Gómez Sacatrapos y al esposo de la paciente que, con relativa tranquilidad, se hallaba, como queda indicado, dando rienda suelta á sus aficiones de actor en el entresuelo de la derecha, en donde se representaba un drama de la Edad Media.

Rudesinda iba á debutar como madre real y efectiva y comenzó su debut con aquella famosa canción ginecológica que dice así:

«A la limón, á la limón,
que se ha roto la fuente...» etc

Y sin dar tiempo á que acudieran los individuos avisados, Rudesinda lanzó un do de pecho, y un nuevo ser, cuyo débil llanto parecía el de una rata cuando le pisan el rabo, se presentó en el mundo al son de un murmullo de oraciones propias del caso, balbuceadas por las cuatro mujeres allí reunidas, las cuales en un santiamén habían provisto á Rudesinda de todos los mencionados atributos, ofrecidos y dispuestos de antemano.

Todo se había consumado.

Cuando de una sola ojeada (porque el chiquillo salía muy listo) logró hacerse cargo de todo aquello y asombrado miraba la vela de San Ramón, el cuadro de Nuestra Señora del Parto y de la Buena Leche (ó viceversa), la correa de las monjas y particularmente el sombrero de la Divina Pastora en la cabeza de la paciente, se presentó en la estancia un guerrero de las Cruzadas todo azorado y convulso, con el casco ladeado, metiendo ruido con la armadura, tropezando en todos los muebles con la espada y exclamando á voces: «—¡Rudesinda! ¡Esposa mía! ¡Cuánto habrás sufrido mientras yo, sin sospechar estas prisas, me entretenía en asesinar al Conde Latario!... ¿Por qué no has esperado á que terminara el acto segundo?...»

No faltaba más que aquella aparición para asustar por completo al nuevo ser; así es que el infeliz, en un arranque de precocidad intelectual, dijo para su pellejo:

—Vaya, vaya; si el mundo es como la muestra, que otros lo disfruten. Yo me vuelvo á mi madriguera... Muy buenas noches.

Y que quieras que no, abriéndose paso violentamente, se encerró de nuevo en el claustro como si hubiera tomado para el viaje billete de ida y vuelta.

Los circunstantes quedaron estupefactos... y todavía no han vuelto de su estupefacción, que yo sepa.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



F. Goodall: HILANDERAS Y TEJEDORES EGIPCIOS.

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 43.º de regalo del album **JOYAS DEL ARTE**.

BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromó, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barará.

Magdalena la Mendiga, por L. Jacoliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jacoliot.

Orso, por Enrique Syenkewicz.

El Hijo Maldito, por H. de Balzac.

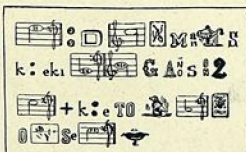
Las lágrimas de Juana, por Arsenio Housaye.

La necesidad del crimen, por Julio Perrin.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

El ideal de la vida es pasarlo sin sufrir; ¿gítenos callos? pues al punto acude al **LADIVONSIM**.

JEROGLIFICO



Las soluciones en el próximo número

—¡La Magnesia SAN-IMOL!
¡Pero hombre! ¿Qué santo es ese?
—¡Un santo que hará que cese tu malestar, ababol!

GOTA

No me tildes de atrevido si te aconsejo al oído que no sigas el ejemplo de las que acuden al templo sólo á exhibir el vestido.

M. PÉREZ SERRANO

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Aforismo.—Sin trabajo, no hay beneficio.

Tarjeta anagrama.—Rosario Pino, Luisa Campos, Matilde Pretel.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

R. L. F.—Valencia.—Pues me parece que sus poesías son muy bonitas y las insertaré. Le escribiré particularmente sobre lo otro.

R. H. M.—Alicante.—Con el cambio de clima ha mejorado notablemente su astro poético. Publicaré la *Amorosa*.

M. G. R.—Madrid.—No es menester decir que el artículo está al pelo, pero por ahora no es posible aceptar nuevas colaboraciones de pago.

S. A.—Lérida.—Recibidos los nuevos artículos, pero debo advertirle que habrán de tardar en publicarse por exceso excesivismo de original.

M. B.—Entrará en turno.

G. B.—Valencia.—Tiene usted mucha razón: su cuento vale muchísimo que otros, y por lo tanto tendrá mucho gusto en publicarlo.

K. T. A. O.—Madrid.—Irán los *Gorjoros*.

P. M.—Mérida.—La conestación se había traspapelado en la imprenta, pero ya la habrá usted visto después. Solo insertamos jerooglíficos, pero no rombos y demás.

L. F. O.—Toledo.—En lo sucesivo ya se dirá en el anuncio el punto de venta.

A. G.—Córdoba.—Enterado es su grata; irán los *Lamentos*.

R. M. P.—Granada.—Ya saldrá, como le dije, pero hay que tener en cuenta que por mucho que yo desee complacer á todos no es posible por falta de espacio.

R. por 4.—Madrid.—El artículo es muy bonito; lo publicaré.

NU- (1)	TAN	Hay	del	qué	rin-	-lo	-lum-	-ma	-no	-bro-	-vi-	de	-na-	Ru-
-LO	mal	-E-	-iro	se	ci-	gPor	mi	-ne-	in-	el	la	†	-cer-	Cun-
-VO	un	-TA-	-to	-cón	de	co-	-e-	-bra-	al-	-er-	-so-	de-	-mon	-do?
-cón	que,	-di-	-ra	o-	e-				te-	her-	lux	la	-po-	-le
-to	er-	rin-	-ter-	-en-	au-				-sa	en	-te-	mor 123	con-	-do
en	y	el	-men	pa-	-no				a-	de	-mo	-la-	ver	-a-
-fi-	en	-no	-ga	su-	pe-	-mi-			tus	-blan-	se	es	un	-e-
ce-	va-	in-	-de	-ti-	-tar	-bra-			rar-	-lum-	tu	-jos	el	si
el	des-	-les-	el	num-	-fri-	-al			sem-	o-	mi-	-bra-	-lo	re-

SALTO
DE
CABALLO
POR
Novejarque
(123 capillas)

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSCRÍBETE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL "LA TRÉMICA", PLAZA DE TETUÁN, 50.-BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

RUSIA



GUARDIA FRONTERIZA: SOLDADO